

El negro en Costa Rica

José León Sánchez

Novedad literaria y de primera línea en 1972 fue la aparición del libro presentado por la Editorial Costa Rica bajo el título *El negro en Costa Rica*. Aunque el libro aparece bajo la firma de Carlos Meléndez y Quince Duncan, la verdad es que no es obra de ellos sino la recopilación de lo más interesante que se ha escrito y publicado sobre la raza negra en diferentes épocas de nuestra historia y con las firmas de Alvaro Sánchez M., Dra. Virginia Zúñiga T.; Terry Wolfe; Kathlenn Sawyers Royal; Roy Simon Bryce, Carlos Meléndez y Quince Duncan.

El mérito de Meléndez y Duncan está en la meticulosidad con que han hecho la selección acogida por la Editorial para darnos por primera vez una semblanza exacta del negro costarricense desde diferentes ángulos: psicológicos, históricos, sociológicos, políticos y en forma que definiremos como especial: humana.

Después de terminar la lectura de este libro el negro de Limón y el negro de San José, ya nos parece diferente. Se levanta una gran cortina de humo puesta por el tiempo y aparecen nítidos los padres de una gran proporción del pueblo guancasteco. Sabemos por qué muchos de los usos y costumbres del Guancaste, su nariz chata, su ensortijado, la música de su cuerpo y la herencia de una raza negra doliente, bullanguera, trabajadora, callada pero firme contra todas las vicisitudes del tiempo, de la historia, de la indiferencia del costarricense y hasta de su desprecio.

Carlos Meléndez Chaverri y Quince Duncan por sí solos pudieron haber escrito el libro ellos juntos o cada uno por su cuenta. Les sobra capacidad de estudio y se agrandan en conocimientos sobre la raza negra cuyo estudio han hecho el uno con paciencia de hormiga bibliotecaria y el otro —el negro— con el corazón oliendo a cacaotales, sombras de montaña, murmullo de los rieles.

No son menos importantes ni más dignas de meditar las opiniones de la señorita Kathlenn Sawyers Royal sobre su análisis de la participación política del negro costarricense.

Uno de los méritos de esta obra está también en la recopilación que hace Quince Duncan de los cuentos que el negro ha traído a la América desde el corazón del África y que hoy está en toda nuestra literatura americana. Cuentos que no vinieron en el zurrón del conquistador como alguien alguna vez anotó, sino que son herencia cruda, embelesante y dulce del negro. Se puede decir que los niños americanos en una gran medida aprenden las malicias del hombre en la historia de los simpáticos animales de la fábula negra, más llenos de vida que las fábulas griegas por ser nuestros parientes cercanos con sangre y ciudadanía de nuestras montañas, desiertos.

Quien esto escribe ha conversado con los negros del sur en los Estados Unidos; los habitantes de las costas de Veracruz y así como los negros que habitan las montañas de Honduras y Belice llenándome de extrañeza la similitud de sus historias sobre los animales y que ahora Quince Duncan nos explica muy bien.

Después de este libro el negro de Limón tiene entraña propia con más derechos que muchos costarricenses de cuño nuevo y mucho más que muchísimos ciudadanos de ocasión de los que nos hacen patria después de 1950.

El negro de este libro (que recomiendo sea leído en todos los colegios de Costa Rica) es un costarricense por derecho propio. Por haberse desangrado sobre una de las noches más interesantes y tormentosas de nuestra pequeña historia.

En este libro ya todos somos primos hermanos sea venido desde Matina, Puebla de Heredia, Cartago, Nicoya.

Una pequeña nota me llenó de disgusto al leer el libro —mínima— dentro del piélagos de aciertos que Duncan y Meléndez aportan en estas páginas y que dentro de estas páginas se encierra una novedad: también es un libro racista que clama por la superioridad del negro sobre todas las otras razas que habitan esta nación.

¿Razón? ¿Sin razón? No importa. El negro existe con su sonrisa blanca, su sangre musical, músculos de marimba africana, su cuerpo de tambor caliente...